

En este número de la Revista se presenta el desarrollo del último de los llamados Pequeños Congresos de Arquitectura. Se celebró en Tarragona, hace ya unos meses; el tema a tratar fué el turismo.

Los Pequeños Congresos comenzaron siendo unas reuniones totalmente informales y esporádicas entre arquitectos de Madrid y Barcelona; reuniones en las que unos grupos de profesionales, normalmente alejados los unos de los otros, intentaban comunicarse sus experiencias y sus problemas. Los Pequeños Congresos de hoy son menos espontáneos que aquellos primeros y menos informales. Pero quizá por ello son más articulados, porque sabido es que a los arquitectos, cuyo oficio es la disciplina de las formas, les suele faltar disciplina en la comunicación verbal. En este sentido, el último Congreso fué no sólo una comunicación de experiencias, sino también, y más aún, un notable experimento en comunicación.

(Está de moda en nuestra profesión, siguiendo la línea de Rudolph, despreciar el lenguaje discursivo para encerrarse en el presentacional. Despreciar al que usa palabras y valorar al que habla con formas. Y el hecho es que a los arquitectos nos haría falta hablar un poco más, para aprender a ordenar nuestras ideas, como nos gusta ordenar nuestras fachadas.)

Se habló del turismo, como se había hablado también del turismo en el anterior Congreso, celebrado en Málaga. Participaron profesionales de toda España, y no sólo arquitectos; acudió Candilis. Se presentaron, y se discutieron, un número de trabajos. No trabajos preparados para la ocasión, sino simplemente lo que había; los trabajos que están haciendo hoy los arquitectos en sus oficinas. Resultó a ratos ordenado, a ratos tumultuoso, a ratos profundo y subversivo, e incluso aburrido. Como debe de ser un Congreso.

¿Y por qué se habló del turismo? No tiene nada de particular, por de pronto, puesto que del turismo están hablando hoy casi todos los españoles. Pero es claro que a los arquitectos el turismo nos toca más de cerca que a otros. En primer lugar, porque nos da mucho trabajo; el turismo es el cuerno de la abundancia para los arquitectos, como lo es para los terratenientes, los contratistas, los especuladores, los hoteleros, y para tantos otros. Difícil será encontrar un país, y no rico según se dice, donde a nuestra profesión se le ofrezcan tantas oportunidades de trabajo. Y si las estadísticas no engañan—España debería haber construído más de 400.000 plazas para ponerse, en proporción a sus correspondientes tráficos turísticos, al mismo nivel de Italia—seguirá habiendo trabajo durante algún tiempo.

Pero, por otro lado, los arquitectos asumen en este respecto una enorme responsabilidad para con el país. A estas horas ya sabemos todos que el turismo es nuestra primera industria exportadora, pero, ¡hasta qué punto lo es! Decir simplemente que el turismo equilibra nuestra balanza de pagos es un eufemismo; para la economía nacional, el turismo es mucho más que un correctivo marginal de su falta de divisas crónica. De hecho, los ingresos por turismo representan el 41 por 100 de nuestras compras totales al exterior, y tanto como el 91 por 100 de nuestras exportaciones de mercancías.

Dentro de las páginas de este número, el economista Ros Hombravella se refiere al difícil problema de crear el capital social—esto es, capital cuyos frutos repercuten sobre toda la comunidad—que requiere la buena explotación de nuestros recursos turísticos. Sin sacar de quicio este concepto, puede decirse que los arquitectos formamos una parte importante de este capital social necesario; el capital humano, si se quiere, contenido en un acopio de conocimientos y cualificaciones profesionales. Porque somos los arquitectos quienes, más o menos directamente, más o menos conscientemente, traducimos esas cifras abrumadoras en unas realidades físicas. Somos quienes creamos el medio físico de una industria para la que el medio lo es casi todo.

Juan A. Ridruejo.